

VIVENCIAS, VIOLENCIAS Y NOSTALGIAS DEL CONDE DE LA QUIMERA

Por Lya Sierra¹

Empecemos por el título de este segundo volumen de la trilogía que escribe sobre el Sinú colombiano el autor José Luis Garcés González: *Las espadas en receso del Conde de la Quimera*. Sonsacador como el protagonista, Blas Primero Conde de la Quimera. Un hombre que pendula entre el tiempo de los blasones y la postmodernidad con sus dramas mediatos e inmediatos, con sus contradicciones existenciales y con su pesado fardo de deshumanización.

El entorno espacial de este hombre es una ciudad Caribe, Menairot, anclada en un trópico desaforado, partida en dos por un río de leyenda al que le cercenaron sus peces en aras del “progreso”. La ciudad siempre fue cantera para el enriquecimiento ajeno. La explotación de madera y de raicilla son muestras de ello.

La novela tiene una estructura postmoderna. Múltiples voces dinamizan la narración, trastocan los tiempos, retrotraen a un pretérito casi idílico con un aire de estreno de ciudad, de pactos sellados con un apretón de manos, y competencias musicales con participación de un diablo desafiante y festivo. En fin, la Menairot recién surgida de los mitos y leyendas. La Menairot perdida que tanto extraña Blas primero Conde de la Quimera y también de la nostalgia.

¹ Poeta, narradora y tallerista cultural. Autora publicada en diversos periódicos y revistas del país y del extranjero. En 2020 salió la segunda edición de su novela *Esa gordita sí baila*, cuyo tema es el Carnaval de Barranquilla.

Si bien el escenario es la ciudad, el microcosmos es el bar El Leal, donde convergen personajes variopintos: abogados, licenciados, ingenieros, y gente del común interesada en aprender con las conversaciones de los más versados. El Leal tuvo un antecedente, el Café Roma, cuyo propietario fue un exiliado español, Alejandro Taireto, un catalán que como dato curioso no perteneció al bando Republicano, sino a los nacionalistas. Este catalán, al parecer, estuvo involucrado en el fusilamiento del poeta granadino Federico García Lorca. El Café Roma cambió de dueño y de nombre, pasó a ser sitio de encuentro de amigos y conocidos con diversos intereses y afanes, pero atraídos por el ambiente propicio al intercambio de opiniones. Allí se reunían el doctor Illidge, los jurisconsultos Pavón y Rafael H. Yanes, el ingeniero Hildebrando Kausser, el licenciado Demóstenes Cantillo, el Peludo Escobar, especie de abogado en receso, Pecho de morrocoy, y Carvajalito, incondicional del Conde e imprescindible en los sermones que el pretendido noble daba en la alta noche.

Cada uno de estos personajes, por supuesto, tiene una historia personal, que poco trasciende en el ámbito de El Leal. Así, Hildebrando Kausser es una especie de nihilista que al final se deja morir de inanición en la soledad de su hamaca. El poeta Malud, intenta consagrarse como vate imponiendo la lectura casi obligatoria de su prolífica poesía a los asiduos del bar; ejercicio inútil, por demás. El doctor José Eufrasio Illidge, empleado estatal, sufre el amor imposible por Narcisita, joven y bella hija de doña Ellis, una de las meseras del bar y discreta hetaira con clientes fijos. Rudecindo, dueño de El Leal, sufre la pérdida de la mujer amada sin una explicación lógica para el abandono cuando la pareja era feliz y estaba compenetrada. En fin, es la vida con sus aciertos,

desaciertos, apariencias, realidades ficticias y contrastes la que se vive en el recinto de encuentros que es el bar.

Las mujeres también hacen presencia en la historia. Algunas parecen marginales, pero cobran protagonismo en situaciones extremas como es el caso de la Roncona, la otra mesera, mujer zandunguera, con una alegría ficticia que disimula su vulnerabilidad emocional. Ella baila y despliega toda la sensualidad de sus opulentas caderas, especialmente cuando se mueve al compás de la Lambada, su canción favorita. También ella vive un amor contrariado, o, mejor, neurótico. Su amante es Gato Kid, boxeador con cierto prestigio en Menairot. Y por esos altibajos en su relación y por alguna infidelidad descubierta, la Roncona decide suicidarse y lo hace con un tajo certero que separa su cabeza con el consiguiente drama que tal acto desencadena en los presentes.

El otro suceso atroz ocurre con Narcisita, el amor frustrado del tributarista doctor Illidge. La hermosa adolescente, elegida reina de belleza, es atraída por un admirador secreto, John Javier Baquero Giraldo, funesto personaje que con dádivas exorbitantes no sólo seduce a la hija, sino a doña Ellis, la madre.

Narcisita es subyugada por el trato y la vida de lujos que le prodiga el mencionado Baquero Giraldo. Pronto la realidad se abre paso y la joven comprueba que es una cautiva en jaula de oro. Los negocios truculentos del marido derivan en su encarcelamiento en el extranjero, y algún enemigo oculto se cobra con la vida de la hija de doña Ellis, una cuenta pendiente. Esta muerte implica el derrumbe definitivo de esta mujer que acudía a subterfugios para disimular las várices que ya invadían sus piernas, otrora atractivas. También el

doctor Illidge padece en silencio esa ausencia de la enamorada imposible. Y en un intento por verla, se empecina en soñar con ella y por una pésima jugada de su subconsciente sueña sí, pero con el deforme Pérez o Flórez, que había quedado lisiado a raíz de un accidente automovilístico.

Existen otras presencias femeninas que se entrecruzan en la narración, que aparecen y desaparecen, son las parejas transitorias de Blas primero Conde de La Barrera, incapaz de mantener una relación de largo aliento. Porque lo suyo es la soledad, la contemplación creativa, el ocio productivo la reflexión profunda sobre la existencia humana, sobre la naturaleza, sobre las experiencias propias y también ajenas. Paradójicamente él sí tuvo una relación estable, con Ana Judith su mujer, con la que estuvo casado hasta que ella murió. Sorprende que un librepensador como el Conde, se hubiera casado.

La naturaleza femenina muestra sus esguinces, sus ases escondidos, sus ternuras ficticias, sus furias colosales, y Blas Primero les hace el quite, se escabulle sin aspavientos como buen caballero, y se reinstala en la apacible soledad de su caserón de madera; se refugia en sus evocaciones, en el bucólico pretérito de Menairot y en la riqueza de sus bibliotecas.

Pero el Conde no es un asceta sexual, es un experimentado amante, practica el sexo tántrico y disfruta y hace disfrutar a sus ocasionales mujeres.

El ocio de este excéntrico personaje produce eventos poco convencionales como los **sermones** que unas veces

son celebraciones y otras críticas mordaces a la condición humana o al proceder equívoco como el de los desharrapados que liquidan sus carencias en una celebración altisonante de música salpicada de ron, perturbando el derecho a la tranquilidad ajena. Es una celebración como el hermoso sermón al mango de puerco, y el no menos bello y lírico Sermón sobre las catedrales y los Pirahá, que es un canto a los orígenes, a la savia primigenia de nuestra historia.

En El Leal también surgió la exótica idea de la búsqueda de la vulva y la vagina perfectas. No se supo quién propuso la osada búsqueda, aunque muchos la atribuyeron al Conde, considerado por sus malquerientes un degenerado y rijoso contertulio del bar. Y se creó un comité para la inusual tarea de examinar a las postulantes. Y la idea se extendió por el Caribe. Después de meses de exhaustiva investigación no se logró el resultado buscado, por lo que la idea fracasó y se diluyó el entusiasmo inicial; pero la idea quedó como un aporte singular de los asiduos del bar de Rudecindo.

Si bien la narración produce en el lector una sensación atemporal, por el manejo flexible de los diversos tiempos, la novela, cronológicamente, se ubica en los años sesenta del siglo XX y los años sucesivos con los cambios no tan bien asimilados por el protagonista Blas Primero.

El lector percibe claramente una segunda veta narrativa. Es la de los sucesos de violencia y sangre que han signado la historia del país. En tal sentido el capítulo que narra el asesinato del sacerdote Sergio Restrepo Jaramillo, es un vívido recuento del destino que espera a quienes se entregan al ejercicio de construir una sociedad más equitativa, mediante un trabajo por los excluidos de siempre. También

están los luchadores acérrimos por un cambio que revierta la desigualdad a favor de los desposeídos marginados. Es el caso de Chucho Flórez. Y de Vicente Adamo ese italiano insurrecto que, a principios del siglo XX, trabajó en defensa de la tierra para los campesinos del Sinú.

A su manera, también Fernández y el bibliotecario don Lucas del Valle intentaron dinamizar la cultura en Menairot, pero fracasaron al ser señalados por las torpes autoridades municipales de subversivos. Su delito, trabajar por el acceso de la población, especialmente de los jóvenes a la biblioteca Pedro Vélez Racero. Fernández es perseguido y para salvar su vida debe exiliarse en Canadá.

Cuando Rudecindo vende El Leal, los tertuliantes se dispersan. Han muerto el doctor Illidge e Hildebrando Kausser. Blas primero se refugia en su casa, con su nueva mujer, la joven Marita, con quien se lleva bien, porque no conviven de forma permanente. Se acopla a sus circunstancias y ella a las de él. El grupo de jóvenes universitarios con intereses culturales diversos, los mismos que frecuentaban la biblioteca dirigida por Fernández, promueven con renovados bríos ese trabajo por fomentar el arte. Y es una oportunidad más para la creciente Menairot que se transforma de forma acelerada.

En la literatura diversos autores han recreado la ciudad desde el espacio de un bar o una taberna. Tal es el caso de *El Ángel Azul*, del alemán Heinrich Mann, donde el profesor Basura soporta su degradación. O el ambiente más agradable de los cuatro amigos de infancia cuyas historias se narran en *El café de Qúshtumar*, del egipcio Naguib Mahfuz. El lector puede establecer relaciones entre estas obras y la novela de

José Luis Garcés González. Pero, indudablemente son entornos diferentes, personajes con motivaciones y concepciones vitales opuestas. Y, sobre todo, con una diferencia monumental: la presencia vital, arrolladora, de un Conde de ficción con espadas traídas de Toledo a una ciudad que palpita arrullada por un río de barrancas que han estado ahí desde siempre.

Barranquilla, octubre de 2021.